

LENGUA ERÓTICA
ANTOLOGÍA POÉTICA PARA HACER EL AMOR
S E L E C C I O N
JUAN GUSTAVO COBO BORDA

VILLEGAS ♦ POESÍA



Villegas
ediciones

La poesía nace en la lengua. En la lengua física de quien habla y en la lengua que emplea para comprender, designar y hacer suyo el mundo.

La poesía erótica en lengua española tiene una carga expresiva de una intensidad sin igual. Desde sus orígenes mismos, en el monasterio de Santo Domingo de Silos, cerca de Burgos y hace mil años, las primeras palabras en español son glosas “de las diversas clases de fornicación”, a partir de un texto latino, y con destino a un penitencial.

Es revelador entonces que del arcipreste de Hita a la conturbadora relación entre mística y erotismo, con san Juan de la Cruz, la lírica inicie su andadura bajo esta doble constelación de gozo y culpa, de esplendor y pecado. Igual sucede cuando en el siglo de oro español, y con jubiloso fervor, Lope de Vega, Góngora y Quevedo cantan, denigran y exaltan la pasión, e incluso otro gran poeta, el conde de Villamediana, muere en oscuro lance por haber seducido, al parecer, a la reina de España. Esta vocación se mantiene aun en la música incomparable con que Rubén Darío extrae del cuerpo de Venus, eterno símbolo del deseo, un acorde único: aquel que irriga y dulcifica toda la poesía en lengua española hasta nuestros días, de José Martí a José Asunción Silva, de Borges a Neruda, de Federico García Lorca a Octavio Paz.

Estos son algunos de los nombres claves de este libro, una vasta antología de la poesía erótica en lengua española, donde fray Luis de León traduce el *Cantar de cantares*, sor Juana Inés de la Cruz, Delmira Agustini y Alejandra Pizarnik dan voz a la mujer, y Luis Cernuda, Porfirio Barba Jacob y César Moro consideran en sus versos el cuerpo masculino como un espacio de revelación. Pero hay mucho más.

El corpus de la poesía erótica es tan denso como sutil, supera sexos y nacionalidades, vence al tiempo y hace del poema la única patria real. El posible paraíso recuperado en la tierra. Con acento propio y auténtica capacidad expresiva. Grandes poemas, como “Las furias y las penas” de Neruda, la “Oda a Walt Whitman” de García Lorca o el “Diálogo entre Venus y Príapo” de Rafael Alberti, conviven en este libro delicioso y revelador con el humor, gracia e ingenio de pequeñas joyas luminosas cuya lectura no es sólo un placer. Es también una revelación sobre

nosotros mismos, y sobre ese otro que desnudo cubrimos con palabras ardientes y exaltadas: las que una lengua erótica, el español, nos brinda para aprender a amar. Para hacer el amor.

La poesía erótica incita y petrifica a la vez. Esto fue una vez: esto será siempre. Puede linderar con la obscenidad y la pornografía, con aquello aparentemente sucio que la moral margina como tal. Cae en el manido estereotipo, en la cursilería que puede ser sublime. De Rubén Darío a Agustín Lara sólo hay un paso. Pero en sus momentos más altos es una piedra de toque que pulveriza toda esa turbiedad adolescente, toda esa inmadurez verbal. Porque la auténtica poesía erótica es creación pura: inventa, fabula. A partir de las ruinas, del abandono o la humillación, de la súplica —¿cómo era, Dios mío, cómo era?—, yergue su castillo de palabras.

Juan Gustavo Cobo Borda

Lengua erótica

Texto de: Juan Gustavo Cobo Borda

La poesía no sólo ha cantado al deseo. Es el deseo mismo quien se expresa y se hace palabra a través de la poesía. Es el deseo quien está en los orígenes —un reino al pie del Himalaya, un rey que ansía a la mujer de otro en Asia Menor— y así surge este mar infinito al cual ahora buscamos ponerle nombre y rostro.

Paradójico intento: la poesía disuelve todos los rasgos en el tumultuoso curso de una lengua que utiliza a los poetas para decir su verdad, la del deseo, y luego los deja de lado. Son ellos apenas los mediadores para que brille el fuego de esos cuerpos perdurables. Ese cuerpo que otros llaman poema.

Fray Luis de León lo hace con el *Cantar de cantares del rey Salomón* en una España inquisitorial que lo condenará, entre otros motivos por este, a cinco años de cárcel.¹ Gabriel Zaid, en México y en nuestros días, se sorprende con unas canciones creadas en la India hacia 1400: están más vivas que cuanto ve a su alrededor.

El eterno retorno del deseo no se da sólo en la traducción que universaliza. Está en la lengua misma, la lengua española, que desde sus comienzos, con el Arcipreste de Hita, el anónimo romancero, el marqués de Santillana nos trae vaqueras y pastores. Bosques y cuevas, ásperos y mullidos, para retozar lejos del ojo ajeno —no de la lengua del poeta. Noches demasiado cortas ante el canto del alba del ruiseñor.

Ya desde entonces el poeta poniéndose máscara de hombre o de mujer, de animal o de árbol, como Dafne, más allá de sexo, política, clase, iglesia o nación, en la búsqueda de su voz. Voz densa y urgida, o leve y musical, como en el conde de Villamediana, que abre el baile de los vocablos, el acoplamiento de las sílabas, el entrelazamiento de las frases que se unen y deslizan para dibujar la silueta de la única patria posible: el cuerpo amado, la forma verbal. Definición de lo humano: seres que balbucean y ordenan los verbos de la pasión.

Por ese cuerpo vamos al alma, sin olvidar aquellos versos del poeta brasileño Manuel Bandeira titulados “Arte de amar”:

Si quieres sentir la felicidad de amar, olvídate de tu alma.

El alma arruina el amor.

Sólo en Dios ella puede encontrar satisfacción.

No en otra alma.

Sólo en Dios —o fuera del mundo.

Las almas son comunicables.

Deja que tu cuerpo se entienda con otro cuerpo.

Porque los cuerpos se entienden pero las almas no.

(Versión: Estela Dos Santos)

Por ello desde los Vedas, desde el Cantar de los cantares, compiten la ley y el deseo en pos de la miel del placer. Nos miramos a los ojos para descender al oscuro pozo de lo innombrable, donde hay siempre un feroz combate: basta pensar en “Las furias y las penas” de Neruda. En el coito feroz, como de espadas al tajar la carne, de que habla la poeta uruguaya Idea Vilariño, quien dedicó sus poemas de amor a ese otro buzo de las profundidades, Juan Carlos Onetti.

En ese ámbito donde las palabras no alcanzan, el poeta a riesgo de su salud —como en el caso de la suicida Alejandra Pizarnik, de la suicida Alfonsina Storni— corre el riesgo y explora la noche. Elabora los nuevos alfabetos, para ese sol que ciega y deslumbra. No el desangelado lenguaje del mercado, con su guiño falaz de comerciante que busca aquí “un pesito más”, que ofrece allá “una rebajita”, en esa falacia de los diminutivos engañosos, de buhonero de feria, sino en el esplendor de quien se brinda íntegro, mientras más desnudo más lleno de sugerencias y atisbos. La poesía asume así humor y lujuria. Exacerbación y placidez. Mira y se tensa. Cierra los ojos e imagina. La realidad es aquel cuerpo inabarcable que se fragmenta en seno y labios. “Falo el pensar y vulva la palabra”, como dijo Octavio Paz desde la India en su complejo poema “Blanco” al buscar que sensación e idea, percepción y tacto, logren abolir las dicotomías ramplonas e integren un solo texto: el texto feliz del poema, al abolir el tiempo rapaz con su blanca agua desencadenada.

“Las palabras hacen el amor”, recordaba André Breton. Y ellas no son un espejo donde nos reflejamos distantes. Las palabras son el propio cuerpo, erguido y urgido o distendido y reconciliado. No es de extrañar que Rubén Darío se vuelva uno con Rufo Galo, legionario romano, quien antes de ser devorado por los perros recuerda como hizo suya a “la imperial becerra”. “Yo fui un soldado que durmió en el lecho/ de Cleopatra la reina” y quien ahora se pregunta por qué sus “dedos de bronce no apretaron/ el cuello de la blanca reina en broma?/ Eso fue todo”. Quien entra a la cámara nupcial de la Diosa Blanca —la musa de la poesía— debe estar dispuesto a enfrentarse a sus miedos más recónditos, a sus silencios estremecedores, a la muerte misma que suscita la vida. Federico García Lorca y Luis Cernuda, Porfirio Barba Jacob y César Moro hacen del cuerpo masculino la otra llama arrasadora: que aún arde y quema o deambula insomne, como en los nocturnos de Xavier Villaurrutia.

La poesía erótica incita y petrifica a la vez. Esto fue una vez: esto será siempre. Puede lindar con la obscenidad y la pornografía, con aquello aparentemente sucio que la moral margina como tal. Cae en el manido estereotipo, en la cursilería que puede ser sublime. De Rubén Darío a Agustín Lara sólo hay un paso. Pero en sus momentos más altos es una piedra de toque que pulveriza toda esa turbiedad adolescente, toda esa inmadurez verbal. Porque la auténtica poesía erótica es creación pura: inventa, fabula. A partir de las ruinas, del abandono o la humillación, de la súplica —¿cómo era, Dios mío, cómo era?— yergue su castillo de palabras. De modo certero lo dijo Antonio Machado en sus otras canciones a Guiomar:

Todo amor es fantasía;
el inventa el año, el día,
la hora y su melodía,
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

La poesía restituye las cosas a su sitio: les da valor, peso y jerarquía. Demuestra la nauseabunda indolencia de los medios nutriéndose de flácidos lugares comunes. Repitiendo lo que otros

antes han dicho. Al asegurar, impávidos, que Borges no puede ser un poeta erótico por tímido y discreto, por elegante y ciego. Pues no: en el erotismo la reticencia también puede ser una virtud explosiva. Todo brillará aun más, con claridad milenaria. Así los poetas arábigo-andaluces.

El mejor Neruda, el de Residencia en la tierra, dirá a mi izquierda: “Hay miedo en el mundo de las palabras que designan el cuerpo”, en su célebre “Ritual de mis piernas”. Borges, a mi derecha, hablará de “La dicha”: “El que abraza a una mujer es Adán. La mujer es Eva”.

Todo sucede por primera vez.

Los tranquilos animales se acercan para que yo les diga su nombre.

Los libros de la biblioteca no tienen letras. Cuando los abro surgen

.....

Loado sea el amor en el que no hay poseedor ni poseída,
pero los dos se entregan.

Todo sucede por primera vez, pero de un modo eterno.

El que lee mis palabras está inventándolas.

Como lectores encarnar las palabras del otro: tal el secreto designio de este libro.

Rubén Darío en “La poesía castellana”, un poema de 1882, realiza una pequeña historia de la misma, desde el Cantar de Mio Cid hasta

los Heredia, los Caro,

los Palma y los Marroquín.

Se apropia así de toda su herencia; esa herencia que él retoma, transforma y enriquece de modo singular, gracias a su genio y a su ingenio. A la luz cordial (y musical) de su energía creativa, el poeta de las sombras y los abismos es el poeta del sol, de la marcha rítmica y sonora. Y es también el poeta de la pesadumbre meditativa, poniéndose a sí mismo en duda, ante esa sucesión de cisnes que lo interrogan, de perplejidades que lo cercan y acosan.

Sólo que los años pasan y mengua su fuerza. Le queda el recurso de tornar al agua primordial, al núcleo central: el fuego del deseo.

Si en “La poesía castellana” repasa con nombres propios nuestra tradición, la de la lengua española como instrumento de creación, en un poema como “Divagación” Darío colocará sobre el rostro de la musa las sucesivas máscaras teatrales de la pasión. “¿Te gusta amar en griego?”, la pregunta, y se responde:

Amo más que la Grecia de los griegos
la Grecia de la Francia, porque en Francia,
el eco de las Risas y los Juegos
su más dulce licor Venus escancia.

Venus en todos los idiomas: griego, francés, alemán, japonés, hindú. Recurrirá al exotismo y a la reina de Saba porque en definitiva es latinoamericano. Tiene todos los rostros y ninguno. Un espacio verbal abarrotado de influjos y la desierta página en blanco donde debe colocar los signos de su emoción y de su incertidumbre. El deseo que incendia el mundo, con “hambre de espacio y sed de cielo”, como lo dice en forma única. Y donde rasga la negrura con trazo incandescente:

En el obscuro cielo Venus bella temblando lucía,
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

Ante esa Diosa se inclina,

y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.

Para concluir con este lancinante acierto:

Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

El erotismo termina por recordarnos nuestra condición mortal. De la juventud a la vejez, de quien quería ser una Margarita Gautier hasta Francisca Sánchez, la sirvienta en la pensión de

Madrid que Enrique Molina exaltó en un poema fulgurante, Rubén Darío está en el centro de nuestra actual constelación poética, y a partir de él podemos remontarnos, vía Quevedo, hasta Lope de Vega y el romancero y los manantiales mismos del origen. Sin olvidar nuestra fe de bautismo, que nos ha recordado Antonio Alatorre en un libro excepcional: *Los 1001 años de la lengua española* (México, Fondo de Cultura, 1989).

El español nace hacia el 950 en dos monasterios cerca a Burgos: San Millán y Santo Domingo de Silos, donde monjes y novicios copian manuscritos medievales en latín e intercalan glosas y comentarios, ya en español. Anota Alatorre:

El manuscrito de San Millán contiene sobre todo unas homilias o sermones de San Agustín, y el de Silos un penitencial, especie de 'recetario' de penitencias para los distintos pecados o los distintos grados de maldad de un pecado. (Es curioso observar que el capítulo más abundante en glosas es el que trata 'de las diversas clases de fornicación'. Se ha sugerido que el glosador era un estudiante de latín, no precisamente un monje; bien podemos imaginar que era un novicio joven (p. 104).

En definitiva: un poeta. Sin olvidar que la otra figura, san Agustín, como lo vio bien el chileno Gonzalo Rojas también fue un poeta que pecó en la carne de la palabra:

ni Agustín
de Hipona que también fue liviano y
pecador en Africa hubiera
hurtado por una noche el cuerpo
a la diáfana fenicia.
("Quedeshim Quedeshot")

Tal el origen de esta lengua erótica: la nuestra. Allí donde variadas aguas se funden en la misma medida en que los cuerpos se unen y dialogan entre sí.

Este libro es en consecuencia un cuerpo verbal ramificándose en mil deltas, pero siempre animado por un único impulso: el que la lengua española ha forjado como poesía erótica sin de-

masiados melindres académicos ni preocupaciones de épocas y escuelas. Más bien como el poderoso torrente que desde el comienzo de los tiempos agolpa en la garganta su ansia expresiva para decir deseo. Para tatuar en otra piel la constelación pasional de esas estrellas que Quevedo llamó “las fieras altas de la piel luciente”.

Sí, esos “volcanes florecidos”, o esos “relámpagos de risa carmesíes”, serán nuestro asunto. El deleite de ver cómo la palabra hace del animal humano un ser que habla. Una persona que en el don gratuito de la poesía encuentra su definición y su destino. Esa “¡Carne, celeste carne de la mujer!”, de que hablara Darío no morirá, por cierto, como tampoco los dioses paganos o las figuras del efebo, Safo, la hetaira o el hermafrodita. Tenemos el privilegio de recorrerlas de nuevo, entre la emoción y el duelo. Entre la exaltación feliz y el arduo combate para preservarlas, en esas cápsulas de tiempo que son los poemas. Quizás por ello Rafael Alberti, un gran poeta erótico como lo revela su “Diálogo entre Venus y Priapo”, también hizo, como Darío, su propia Canción de canciones (1995), los mejores poemas de amor de la lengua castellana, y allí puso, al terminar el siglo xx estos versos del siglo xvii escritos por Lope de Vega, que bien pueden ser adecuado epígrafe, para mostrar como ese “dueño de quien soy cautivo”, el poeta quien cree usar la lengua y ésta lo traspasa con su resplandor y su certeza, detiene el tiempo e impide que el hombre se disgregue en bestia. El poema le ha recordado que existen poderes más sólidos y perdurables que los del dinero o las armas, que los de la tecnología y el (aparente) progreso. Diosas blancas pendientes en todas nuestras encrucijadas, ellas nos obligan a decir, con Lope de Vega:

Hermosísima pastora,
señora de mi albedrío,
reina de mis pensamientos,
esfera de mis sentidos:
cielo de mi alma, que os doy,
sol que adoro, luz que miro,
fénix de quien soy el fuego,
dueño de quien soy cautivo,
regalo de mi memoria,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

